

RETRATO DE UNA JOVEN ESCRITORA
CUENTOS COMPLETOS
1966-2001

Mérida: Ediciones El otro, el mismo, 2002.

Índice

Retrato de una joven escritora, 2001

Diario del Jabalar y otras historias, 1966-1973

Diario del Jabalar

La ratonera

Todo tiempo pasado

Hace calor

Tarde de domingo

Playas

Coincidencias

Exposiciones

Nadia en el espejo

El cumpleaños

El domingo de Domingo

Dificultades de la dialéctica

La semilla de la infelicidad

Así nos sucede

Al filo de la noche

Al paso ni a Colombia

Los quehaceres de la tarde

Cuentos, 1983-1989

Cuentos de pasillo

Todos juntos

La desmemoria; cuento con variantes

Retrato frente al mar

El vestido santo

Extrañas maneras de conocerse, 2001

Axel, perro viajero

Donde vive el corazón

Buscando a Hirst

¿Dónde estás Ana Klein?

La sala de cine del señor Branco

Retrato de una joven escritora

Hace mucho tiempo que deseaba emprender esta tarea de poner en orden mis escritos inéditos y agruparlos en un volumen. Me sentía con un vacío en mi propia historia. En tanto mi primera publicación tuvo lugar a fines de 1990, cuando tenía 45 años, y mi nombre únicamente estaba precedido por el premio de cuentos del diario El Nacional de 1984, aparecía ante la recepción narrativa como el caso de alguien que decidiese ser escritora en una edad tardía; pero sobre todo lo parecía ante mí misma cuando, por el contrario, tengo memoria de haber escrito tempranamente, y esta disparidad me ha resultado siempre incómoda, como una suerte de injusticia que deseo reparar. Recuerdo que en mi adolescencia un compañero de fiestas, hijo de una amiga de mi madre, me preguntó si seguía escribiendo. Aquella pregunta me desconcertó. El joven, algo mayor que yo, me aseguró que mi madre le había enseñado a la suya unos “cuentos” míos. Mi madre murió cuando yo tenía 8 años y no recuerdo esos “cuentos” o como quiera llamarse lo que fueran aquellas palabras. Sí recuerdo que hacia los 12 o 13 años fui una ferviente lectora de Agatha Christie y George Simenon e intenté escribir una novela policial. Mi audacia no pasó del primer capítulo. He escrito varias novelas de un solo capítulo: a los 15 años empecé otra –que creo llegó al segundo– cuya trama podría clasificarse en el género romántico popular en la cual una joven aristócrata se enamoraba de un jardinero (juro que no había leído todavía *El amante de Lady Chatterley*); posteriormente, hacia los 24 o 25 años se produjeron otros dos primeros capítulos, uno para una novela que se llamaría “Historia de un desaparecido”, y el otro, sin título, trataba de un italiano llegado a Venezuela a fines del siglo XIX, y junto a un político y a un comerciante, relatarían una suerte de saga. Ambas ideas fueron persistentes y supieron esperarme hasta *Doña Inés contra el olvido* y *Los últimos espectadores del acorazado Potemkin*.

¿Por qué no publiqué mis textos juveniles? En verdad no lo sé. Tiendo a pensar que por dos razones: la primera, no me parecían suficientemente consistentes, y la segunda, estaba muy alejada del medio literario y no se me ocurría la manera de introducirme. Hoy encuentro absurdo este segundo inconveniente pero entonces lo consideraba un obstáculo insuperable. A excepción de dos cuentos de 1973, el resto de los primeros papeles aquí contenidos permaneció hasta ahora inédito y aparecí en el escenario literario

desprovista de generación. Se me vincula con la narrativa de los años noventa porque fue en esa década cuando publiqué varias novelas pero mi generación es otra. En mi biblioteca permanecen –a veces subrayados- los primeros libros de Irma Acosta, Mary Guerrero, Antonieta Madrid, Laura Antillano, Ednodio Quintero, Carlos Noguera, José Napoleón Oropeza y otros, quienes años más o menos, conforman la generación a la que pertenezco. La decisión de publicar estos escritos inéditos corresponde al deseo de restituirme en ella y de restituir también mi propio proceso de escritura. Releerlos, transcribirlos y seleccionarlos ha constituido un repaso de mi propia vida. Salvo en algunos casos en los que la fecha de escritura aparecía expresamente señalada, la localización cronológica surgió de los propios textos porque en ellos pude reconocer las circunstancias, las personas, las referencias musicales, cinematográficas o anecdóticas que constituían las claves a partir de las cuales construía los relatos, y en suma, forman parte de las vicisitudes de una joven escritora, o de una mujer joven simplemente.

Aprecio estos papeles con una mirada tolerante, sin ninguna convicción, pero a la vez encuentro en ellos modos de sintaxis, formas de estilo, líneas temáticas, rupturas de lenguaje, vueltas de fraseo, dibujos de personajes, y cierta manera de contar que reconozco como propios. En algunas de sus voces escucho el tono de quienes serían después mis personajes novelescos. Diría que en cierto modo son el origen de casi todo cuanto he escrito. Acepto, pues, la herencia de esa joven escritora y finalmente le otorgo el derecho a presentarse en público. La he respetado, aun en las frases tachadas, sin pretender revisarla porque simplemente hubiera sido imposible. Sin embargo, en beneficio del lector me he permitido mejorar en algunos momentos su desastrosa puntuación –empeorada por ciertas travesuras sintácticas propias de la época-, eliminar algunas repeticiones excesivamente descuidadas y desechar los papeles que eran solamente un ejercicio autoexpresivo, conservando únicamente los que me parece tenían alguna, aunque ingenua, intención literaria. En aquel tiempo, me doy cuenta ahora, escribía en la inocencia de un lector imaginario. Pero, fuera de esos detalles, los textos aquí presentados son su retrato fiel.

Al ordenarlos cronológicamente se me hizo evidente que hacia 1974 se interrumpe la escritura hasta 1983 aproximadamente. Fue esta década la que correspondió a los años de maternidad y crianza de mis hijos, y también el tiempo de máxima exigencia profesional como psicoanalista en formación y activa práctica clínica y docente. Estas serían razones más que suficientes para explicar el hiato pero pienso también en la tendencia antinarrativa que se impuso en aquel tiempo en Venezuela, de la cual me sentía totalmente alejada y excluida, lo que me hacía suponer más difícil aún mi ingreso que en los años

anteriores. Sea porque se produjeron cambios en las tendencias, o porque la madurez me asaltó, comencé de nuevo a escribir hacia 1983 y por entonces gané el premio de El Nacional, lo que sin duda fue una autorización que consideré suficiente. Gran parte de lo que escribí en esos años se convirtió en *El exilio del tiempo*, cuya versión definitiva terminé hacia 1985, aunque las vicisitudes editoriales hicieron que la novela apareciera en 1990, como ya dije, pero lo importante para mí es que fue ese el tiempo en que decidí sin vacilaciones la publicación, y editada o no, continué en la escritura de lo que fueron *Doña Inés contra el olvido* y *Vagas desapariciones*, más tres bocetos novelescos desechados; uno de los cuales fue a parar en parte en *Los últimos espectadores del acorazado Potemkin*, otro nutrió *Vagas desapariciones*, y un tercero lo mantengo para un futuro impredecible.

En la década de los noventa continué en la novela con *Malena de cinco mundos*, *La favorita del Señor*, *Los últimos espectadores del acorazado Potemkin*, y dos proyectos inacabados que pertenecen ya al siglo XXI. A pesar de que la novela es mi género preferido, sentí que necesitaba un descanso e incursioné de nuevo en la narrativa breve que se incluye en la última parte de este libro.

Pienso hoy que aquella joven era verdaderamente una escritora no en razón de sus méritos literarios sino porque supo mantenerse en soledad, sin ningún tipo de apoyo o de respaldo, únicamente movida por el deseo de escribir. Criticarla desde mi perspectiva actual sería muy fácil pero también innecesario. Sin ninguna duda a ella le debo lo que tengo y a Víctor Bravo su *début*.

Ana Teresa Torres
Caracas, diciembre 2001